

UN LEXICÓGRAFO ROMÁNTICO:  
RAMÓN JOAQUÍN DOMÍNGUEZ\*

*Romántico, ca*, adj. [...] Aplicable a ciertos escritores que afectan emanciparse de las reglas de la composición y del estilo establecidas por el ejemplo de los autores clásicos. [...] Sustantívase por los aficionados al sistema de emancipación literaria, a ciertas escentricidades que los singularizan entre la mayoría de los asociados. [...] La Acad. desconoce las voces *romanticismo* y *romántico, ca*, siendo así que las conoce todo el mundo.

(R. J. Domínguez: *Diccionario nacional*, II, 1847).

El eco más importante en España de la revolución francesa de febrero de 1848 fue la insurrección que se produjo en Madrid en la madrugada del 7 de mayo de aquel mismo año. Este levantamiento había sido preparado por una serie de civiles progresistas y contaba con el apoyo de una parte de la guarnición de la capital; apoyo que constituía precisamente la diferencia más destacada respecto a la anterior intentona revolucionaria madrileña, la del 26 de marzo.

\* [Publicado en *Philologica Hispaniensia in honorem Manuel Alvar*, II, Madrid 1985, 619-29].

Algunos de los organizadores del segundo alzamiento ya habían participado en el de marzo. Entre ellos, uno de los más activos se apellidaba Domínguez, y de su presencia en los acontecimientos de mayo nos da cuenta Fernando Garrido en su *Historia del reinado del último Borbón*:

Llegó el siete de mayo. En las primeras horas de la madrugada se presentó Domínguez, que se hallaba ya iniciado en los sucesos de marzo, con algunos otros amigos, en el cuartel de San Mateo, donde estaba el regimiento de España. Varios sargentos que habían adquirido compromisos y que eran afectos a la revolución le franquearon las puertas, acompañándole al cuarto de banderas, donde se hallaban reunidos los jefes y oficiales. Sorprendidos ya, e imposibilitados de hacerse obedecer, se formaron las compañías y salieron por la calle de Fuencarral, separándose Domínguez, que era uno de los jefes más principales de aquel movimiento, para buscar en su casa algunos objetos que necesitaba y dar algunas disposiciones.

El regimiento siguió hacia la Puerta del Sol, y cuando Domínguez quiso volver a incorporarse, al salir por la calle de la Farmacia, los cazadores de Baza, que salían ya en persecución de los sublevados, tanta era la vigilancia que se ejercía, al ver un grupo, hicieron una descarga, hiriendo mortalmente a Domínguez. Quizá este suceso, al parecer insignificante, esa casualidad, hizo abortar la revolución, porque los sublevados no encontraron medio de ponerse en relación con los otros jefes, y quedaron casi a merced de los sargentos, que no supieron concertar bien la defensa. (Garrido, 1869: 55).

A pesar de la trascendencia que, según Garrido, tuvo la muerte de Domínguez, los restantes historiadores, casi sin excepción, así como Galdós en su episodio *Las tormentas del 48*, omiten el nombre de este héroe revolucionario. En su reciente libro *Los sucesos de 1848 en España*, Sonsoles Cabeza Sánchez-Albornoz lo cita con error, llamándole *Domíngo*, a pesar de que su relato se inspira visiblemente en el de Garrido (Cabeza, 1981: 94).

Antonio Pirala dedica a Domínguez una brevísima mención, si bien aporta un dato nuevo: «Entre las víctimas —dice— que quedaron en la calle [en la jornada del 7 de mayo] se contó el señor Domin-

guez, que dio nombre a dos notables diccionarios» (Pirala, 1895: 462)<sup>1</sup>.

En efecto, este señor Domínguez no es otro que Ramón Joaquín Domínguez, autor del *Diccionario nacional o gran diccionario clásico de la lengua española* y de un *Diccionario francés-español y español francés*. Pero, aparte de las circunstancias de su muerte, apenas sabemos nada de su biografía. Solo en un lugar se nos revela su segundo apellido, Herbella; su patria, Verín, en Orense, y la fecha de su nacimiento, 13 de enero de 1811<sup>2</sup>. Según este último dato, tendría, al morir, treinta y siete años de edad. Se puede suponer plausiblemente que antes de 1844 había vivido algún tiempo en Francia<sup>3</sup>. En 1844

<sup>1</sup> Debo esta referencia a mi amigo el profesor Fernando González Ollé.

<sup>2</sup> Estos datos figuran, sin indicación de fuente alguna, en la *Enciclopedia Espasa*, Apéndice, IV, 1931, pág. 467. En el cuerpo de la misma *Enciclopedia*, XVIII, 2.ª parte, s. a., pág. 1851, ya había un artículo sobre Domínguez, pero en él faltaban estas noticias, y además traía errada la fecha de la muerte, que situaba en el 6 de junio de 1848 (el artículo, en realidad, se inspiraba directamente en el *Diccionario enciclopédico hispano-americano*, IV, 1890, aunque en este se daba la fecha correcta). El *Diccionario enciclopédico UTEHA*, México, IV, 1951, repite el error del tomo XVIII de *Espasa*, pero recoge del Apéndice IV el segundo apellido (cambiándolo en *Hervella*) y el año de nacimiento. En 1893, Manuel Curros Enríquez daba por sentado el nacimiento gallego, no solo de nuestro autor, sino de los demás cabecillas de la revolución: «Grande fue también —decía— el peligro que corrió [Chao] cuando la sublevación del regimiento de España en 1848, debida exclusivamente a revolucionarios gallegos: a Buceta, Domínguez, que murió en ella; Romero Ortiz, Ulloa, Carretero». (1893: 1157). Añadiré, de paso, que Eduardo Chao, el biografiado por Curros Enríquez, es el primer director del *Diccionario enciclopédico de la lengua española*, de que trato más adelante.

Las noticias recogidas por las enciclopedias proceden probablemente de M. Murguía (1862) y de M. Amor Meilán (1922-24). V. también J. Taboada Chivite (1946); A. Couceiro Freijomil (1951) y *Enciclopedia gallega* (IX, 1974). Avelino Rodríguez Elías, en *Mondariz*, VIII, número 47, 20 julio 1922, págs. 897-98, aporta algunos datos procedentes de tradición familiar, entre ellos el de que nuestro autor había sido novicio en el convento de San Lorenzo, de Santiago; confirma asimismo el apellido materno de Hervella.

<sup>3</sup> La suposición está basada en que el hecho de publicar una *Gramática francesa* (en la que el autor se presenta como profesor de francés), una *Ortografía francesa* y un extenso *Diccionario francés-español y español francés* es difícil de explicar si no se posee una razonable competencia en la lengua francesa, imposible de adquirir sin

era profesor de lengua francesa<sup>4</sup>. Dos años más tarde era propietario de una imprenta, situada en el número 67 de la calle de Hortaleza de Madrid<sup>5</sup>, en la que editó por cuenta propia su obra más importante, el *Diccionario nacional*. Estaba casado, y, tras su muerte, su viuda siguió explotando, al parecer no mucho tiempo, el taller tipográfico<sup>6</sup>. Tenía varios hermanos, de los cuales Modesto, nacido en Verín en 1827 y muerto en Madrid en 1913, fue ingeniero del Arsenal de El Ferrol, inspector de Ingenieros de Marina, Director de la Escuela de este Cuerpo y autor de unos notables *Elementos de geometría analítica*<sup>7</sup>. Del padre sabemos tan solo que se llamaba Manuel María y que aún vivía en 1847<sup>8</sup>. El único retrato que conocemos de Domínguez, de 1846<sup>9</sup>, nos presenta a un hombre joven, delgado, de cabello oscuro y corto, barba densa pero cuidada, ojos grandes y vivos, pómulos salientes, nariz larga y algo corva. De su temperamento y de su pensamiento nos ilustra no solo su forma de morir, sino su obra.

una estancia más o menos larga en el país. Podría servir de confirmación la dependencia evidente, en algunos aspectos —como luego veremos—, del *Diccionario nacional* de Domínguez (1846-1847) respecto al *Dictionnaire national* de Bescherelle (1843), hecho que denota un conocimiento muy inmediato de las novedades editoriales de Francia.

<sup>4</sup> Portada de la *Nueva gramática francesa* (1844).

<sup>5</sup> Portada de la primera edición del *Diccionario nacional*, I (1846).

<sup>6</sup> La primera edición del *Diccionario* de José Caballero (1849) está compuesta «en la imprenta de la viuda de Ramón Joaquín Domínguez». La segunda edición de la misma obra (1852) ya corrió a cargo de otra imprenta, la de Manuel Romeral y Fonseca, en la calle de Juanelo, 16, de Madrid.

<sup>7</sup> Los datos de nacimiento y muerte de Modesto Domínguez Hervella (con y firmaba él) figuran en la *Enciclopedia Espasa*, XVIII, 2.ª parte; se afirma su condición de hermano de Ramón Joaquín *ibidem*, Apéndice IV (1931). Las restantes noticias figuran en la portada y los preliminares de los *Elementos de geometría analítica* (Madrid 1879).

<sup>8</sup> Como vivo le dedica Ramón Joaquín la segunda edición del *Diccionario nacional* (1847), igual que le dedicó la primera. Según Rodríguez Elías (1922), don Manuel Domínguez, padre de dieciséis hijos —muertos en la infancia la mayoría—, fue médico y ejerció su profesión en diversos balnearios de Galicia y Cataluña.

<sup>9</sup> Figura en una lámina al frente de la primera edición del *Diccionario nacional*.

Si es cierto que Herbella es el segundo apellido de nuestro autor —y no hay por qué dudarlo<sup>10</sup>—, su primera obra sería una comedia publicada en 1840 bajo el nombre de Ramón Domínguez Herbella y con el título de *El marqués de Fortville*<sup>11</sup>. El desarrollo de la acción de esta comedia en Francia, sus personajes franceses y la presencia en ella de algunos galicismos —si es que es «original», como dice la portada— no estarían en desacuerdo con el hecho probable, apuntado antes, de que Domínguez hubiese residido en Francia. Pero estas particularidades de la obra son realmente poco significativas: el imaginar la acción en un país extranjero podría explicarse por el carácter de parábola política que tiene la comedia, y, por otra parte, no hay mayor proporción de galicismos en este texto que en cualquier otro de la época. Más importancia tiene la función que el autor da a la obra, de vehículo de sus ideas políticas. He aquí, como muestra, unas pocas frases bien expresivas: «Los déspotas, aunque reciben la autoridad del pueblo, luego que coronadas sus testas empuñan un cetro de hierro, le miran como enemigo terrible que deben encadenar para que no se les revele» (pág. 17). «—¿Sabes con quién hablas? —Sí, señor, con un hombre. —¡Cómo! Estás hablando con el conde de Voulebarde. —Pues bien, con un hombre que se llama el conde de Voule-

<sup>10</sup> En el *Diccionario nacional* de Domínguez hay un artículo *Herbella* dedicado a tres personajes de los que no he encontrado mención en ningún otro lugar: don Antonio Ventura Herbella, «sabio jurisconsulto y recto magistrado español, natural de Galicia, que murió en Verín en 1808 por el sentimiento de ver a su patria ocupada por extranjeros invasores»; don Bernardo Herbella, «escritor jurisconsulto, oidor de la Audiencia de la Coruña, y hermano del precedente»; y don Ramón Herbella, «coronel español, tipo de honradez y de bravura militar, hijo de D. Antonio Ventura. Fue presidente de la junta centralista de Mataró en 1843, y murió en abril de 1847, a los 56 años de edad». Obsérvese que el dato de la fecha de la muerte de don Ramón aparece en el tomo I del *Diccionario*, que lleva en la portada el año de 1846 y cuya dedicatoria se fecha en 2 de noviembre de 1847. Esto hace suponer que se trata de una noticia adquirida por el autor directamente, y no a través de libros; como sin duda lo serían también las notas biográficas —ciertamente no muy relevantes— de los tres caballeros. Tal vez el primero fuera el abuelo materno de nuestro autor; el segundo, su tío abuelo, y el tercero, su tío carnal.

<sup>11</sup> *El Marqués de Fortville, comedia original en tres actos*. Por Don Ramón Domínguez Herbella. Madrid, Boix, editor, impresor y librero, 1840; 60 págs.

barde. ¿O, porque sois conde, sois ya de otra especie distinta de la de los demás hombres?» (pág. 43). «Hombres tiene la Francia muy capaces de gobernar: buscadlos, pero solo en el pueblo los hallaréis, no en ese rango que llaman nobleza, porque ahí solo encontraréis hombres que, envanecidos con un título hereditario y que no supieron merecer, creen que nacieron los demás para ser sus esclavos [...]. Buscad hombres libres y desinteresados, cuyo norte sea la justicia y el bien de su patria; y entonces seréis [rey] querido del pueblo, que verá en vos un padre y no un tirano» (pág. 59). Estas ideas, como más adelante veremos, no desentonan de las que expone en su *Diccionario* el Domínguez lexicógrafo<sup>12</sup>.

La primera obra didáctica y la primera absolutamente segura de nuestro Domínguez es la *Nueva gramática francesa, compuesta para el uso de los españoles* (1844), de la que se hizo una segunda edición al año siguiente. Al mismo tiempo que la *Gramática francesa*, publicó unas *Reglas de ortografía francesa*.

Su primera experiencia lexicográfica fue el *Diccionario universal francés-español y español-francés*, en seis volúmenes, Madrid, 1845-1846<sup>13</sup>, del cual, «a poco de terminada la impresión, era dificultoso hallar un ejemplar», según el prólogo de la segunda edición. Esta segunda edición apareció póstumamente, «considerablemente corregida y aumentada» — desde luego no por Domínguez —, aunque reducida a dos tomos (1853-1854)<sup>14</sup>. Palau cita todavía una edición de 1880.

<sup>12</sup> La cuna gallega del autor de esta comedia se confirma con algún galleguismo gramatical típico: uso sistemático del pretérito simple por compuesto («hoy te *levantaste* muy temprano», pág. 12; «ya lo sabes [mi nombre], y veo que no te *fue* grato», pág. 23; «apenas me *dio* tiempo de hablarle», pág. 28; «no hablará con libertad, porque le *recibisteis* tan airado», pág. 30, etc.); uso de la forma *-ra* para pluscuamperfecto en construcción no adjetiva («jamás te la *preguntara*», pág. 21, 'te la había preguntado'); uso exclusivo de *-se* para pretérito de subjuntivo (*creyese, fuese*, pág. 14, etc.). Un galleguismo léxico podría ser *lacena* 'alacena', pág. 38.

<sup>13</sup> No he podido ver esta primera edición, que citan Palau (1951: 504), Cejador (1917: 432) y M. Fabbri (1979: 134).

<sup>14</sup> Madrid, Mellado, 1853-1854. Palau dice erróneamente que esta segunda edición consta, como la primera, de seis volúmenes. Fabbri copia el error. Sigue igualmente a Palau en la mención de la edición de 1880.

Por fin, su libro más importante, el *Diccionario nacional o gran diccionario clásico de la lengua española*, cuya primera edición, en dos volúmenes, se publicó en 1846-1847<sup>15</sup>, es hoy obra casi tan olvidada como las otras del autor. Y, sin embargo, es quizá el diccionario de nuestra lengua que más ediciones ha alcanzado, después del de la Academia: diecisiete en poco más de cuarenta años; la última, de 1889<sup>16</sup>. Incluso se publicó un compendio, del que conozco cuatro ediciones aparecidas entre 1852 y 1887<sup>17</sup>.

¿Cuánto tardó Domínguez en componer el *Diccionario nacional*? Evidentemente, debió de trabajar en él simultáneamente con el *Dic-*

<sup>15</sup> Ramón Joaquín Domínguez, *Diccionario nacional o gran diccionario clásico de la lengua española, el más completo de los publicados hasta el día. Contiene más de 4.000 voces usuales y 86.000 técnicas de ciencias y artes que no se encuentran en los demás diccionarios de la lengua, y además los nombres de todas las principales ciudades del mundo, de todos los pueblos de España, de los hombres célebres, de las sectas religiosas, etc., etc., etc.* [Grabado: un libro abierto, sobre el que está escrita la leyenda «Autor y editor R. J. D.»], tomo I, Madrid 1846. Establecimiento léxicotipográfico de R. J. Domínguez. Calle de Hortaleza, núm. 67. La portada del tomo II presenta algunas variantes: *Diccionario nacional o gran diccionario clásico de la lengua española. El más completo de los léxicos publicados hasta el día. Aventura a los demás diccionarios de la lengua en más de 4.600 voces usuales y 100.500 técnicas de ciencias y artes, comprendiendo además los nombres y situación de todos los pueblos de España, de todas las principales ciudades del mundo, de los hombres célebres, de las sectas religiosas, etc., etc., etc.*, tomo II, Madrid 1847. Lleva el mismo grabado y el mismo pie de imprenta que el tomo I.

<sup>16</sup> Doy aquí la lista de las ediciones de que tengo noticia. El número de edición que indico es el que figura en la portada respectiva. Las que no he podido ver van seguidas de un paréntesis donde se expresa la fuente que las cita. 1.ª ed., 1846-1847. 2.ª, 1847. 3.ª, 1848-1849 (Viñaza, Cejador, Palau, Fabbri). 4.ª, 1851 (Cejador, Palau, Fabbri). 5.ª, 1853. 6.ª 1856-1857. [9.ª?], 1865 (Fabbri). 10.ª, 1866. 11.ª, 1869. 13.ª, 1875. 14.ª, 1878. 15.ª 1882 (Alvar Ezquerro, 1982a: 20 n.). 16.ª, 1886 (Cejador, Palau, Fabbri). 17.ª, 1889 (Palau, Fabbri). Todas, hasta donde me ha sido posible comprobar, reproducen en estereotipia el texto de la primera; pero, después de la muerte del autor, los sucesivos editores incorporaron al tomo II un suplemento que fue aumentando de unas ediciones a otras.

<sup>17</sup> 1852 (Palau, Fabbri), 1881 (Palau, Fabbri), 1882, 1887 (Palau, Fabbri).

*cionario universal francés-español y español-francés*, pues este se publicó solo un año antes que aquel. Pero probablemente la redacción fue muy rápida; si no tan brevemente como algún dato externo haría pensar<sup>18</sup>, sí parece que se hizo a la vista de la 9.<sup>a</sup> edición del *Diccionario* de la Academia, publicada en 1843, pues las citas constantes que de la Academia se dan proceden de esta edición y no de otra anterior<sup>19</sup>. No debe desecharse la hipótesis de que Domínguez ya viniese trabajando en su *Diccionario* desde antes de 1843: en el prólogo dice que su redacción «ha sido hasta aquí el blanco de mis desvelos, el objeto de mil sacrificios y lo que lleva consumida la parte más preciosa de mi juventud»<sup>20</sup>; sería algo exagerado que un hombre considerase que la parte más preciosa de su juventud estaba constituida solo por tres o cuatro años. Por otro lado, para escribir en ese tiempo las 1793 páginas de texto que suma la obra, tendría que haber redactado un promedio de página y media por día (y las páginas de este diccionario contienen 2100 palabras por término medio), sin olvidar que esa tarea se simultaneaba con la del otro diccionario y tal vez con algún otro quehacer que le permitiese vivir. Solo de haber contado con colaboradores en la redacción —cosa que él no reconoce<sup>21</sup>, pero que no se debe excluir—, sería posible ese *record*; y no sería inverosímil que tal colaboración se hubiese producido en lo que respecta a los artículos de vocabulario técnico y a los histórico-geográficos.

De todos modos, es un hecho cierto que el *Diccionario* está redactado con precipitación: el texto de las definiciones suele dar la

<sup>18</sup> En el artículo *Balmaseda* se da la fecha de la muerte de este personaje «en este mismo [año] de 1846». Recuérdese el dato del fallecimiento de Ramón Herbella en 1847, que he mencionado en la nota 10.

<sup>19</sup> Por ejemplo, la burla que hace Domínguez de las definiciones académicas de *capotillo* y *banda* se basa en erratas del *Diccionario* de 1843.

<sup>20</sup> En la dedicatoria a su padre insiste en la idea: «Mi juventud, mi salud, mi fortuna, todo lo he sacrificado a este objeto».

<sup>21</sup> Admite, sí, que se ha valido «de aquellas personas de reputación que se han prestado a enriquecer mi obra con sus conocimientos»; pero estas personas, evidentemente, no son redactores.

sensación de escrito a vuelapluma; a veces encierra anacolutos; a veces es redundante; abunda el *etcétera* final que deja abiertas muchas definiciones. La misma verbosidad de sus enunciados denota la falta de lima. Por otra parte, la ortografía es bastante inestable, y la impresión presenta muchas más erratas de las tolerables en una obra de este género. Todo hace suponer que el *Diccionario* se hizo, en todas sus fases, a un ritmo poco habitual en esta clase de publicaciones.

El éxito extraordinario del *Diccionario nacional* puede explicarse por dos características novedosas: su amplitud y su carácter enciclopédico.

En el momento en que se publica esta obra solo han existido dos intentos de superar el caudal del *Diccionario* académico: el de Terremos (cuatro volúmenes, 1786-93), que, con toda su calidad, queda muy atrás en el tiempo, y el reciente *Panléxico*, de Peñalver (1842), cuyo valor y utilidad fueron puestos en entredicho desde su misma aparición (cf. Viñaza, 1893: col. 1537-1582). Domínguez presenta su libro proclamando en la portada que es «el más completo de los publicados hasta el día», pues contiene más de 90.000 voces (o 105.000, según la portada del tomo segundo) que no se encuentran en los demás diccionarios de la lengua. Al mismo tiempo que el tomo primero de Domínguez, o pocos meses antes, aparece en París el excelente *Diccionario* de Vicente Salvá, que, pese a incrementar también el número de artículos del léxico académico, no anuncia más de 26.000 adiciones. La obra de Domínguez nace, pues, sin competidores en el aspecto cuantitativo. ¿De dónde procede ese material nuevo que da a este diccionario casi triple número de voces que el de la Academia? Si atendemos al autor, un noventa y cinco por ciento de ellas son «técnicas de ciencias y artes», y las restantes son «usuales». Este fuerte peso de lo técnico se debe a «los progresos del hombre» en menos de un siglo: «las ciencias se han enriquecido con millares de descubrimientos»; «las artes, la agricultura, el comercio y, por último, todo lo que el hombre conceptúa que puede serle útil o necesario recibe cada día un nuevo impulso». Para recopilar tan extensa nomenclatura, dice el autor, «las voces que no se han encontrado en los dic-

cionarios lingüísticos<sup>22</sup>, artísticos y científicos se han buscado en obras especiales, valiéndome en todos estos trabajos de aquellas personas de reputación que se han prestado a enriquecer mi obra con sus conocimientos» (Domínguez, 1846: 6).

Seguía Domínguez, en esta atención preferente al léxico técnico, las huellas de Terreros, cuyo diccionario se titulaba *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes*; y, más aún que su modelo, no queda exento de la sospecha de que una parte de sus materiales no está recogida directamente del uso español, sino del testimonio de la lexicografía extranjera, en la idea —no desacertada— de la progresiva internacionalización del lenguaje científico.

Sea como sea, el punto fuerte en que apoya Domínguez la publicidad de su diccionario son las impresionantes cifras que estampa en su portada, bien consciente de que el lector semiculto —el mayor destinatario de este género de libros— tiende a inferir la *calidad* de un diccionario de la *cantidad* de sus entradas. Esta táctica, de la que Domínguez es el pionero entre nosotros, sigue en nuestros días plenamente vigente entre los editores y autores de diccionarios. Claro que tampoco hay que suponer automáticamente, ni mucho menos, que la cantidad y la calidad sean inversamente proporcionales.

Pero, así como en la cantera para el incremento de la nomenclatura Domínguez había tenido un modelo —Terreros—, en el principio de la extensión cuantitativa seguía otro ejemplo: el del francés Bescherelle, cuyo diccionario había aparecido en París solo tres años antes que el de nuestro autor. La sombra de Bescherelle está presente en Domínguez hasta en el título de su obra: Domínguez, *Diccionario nacional o gran diccionario clásico de la lengua española*; Bescherelle, *Dictionnaire national ou grand dictionnaire critique de la langue française*<sup>23</sup>. El sintagma *diccionario nacional*, que solo fue usado en

<sup>22</sup> En la 1.ª ed., *lingüistas*. Corrijo según la lectura de la 2.ª ed.

<sup>23</sup> L. N. Bescherelle, *Dictionnaire national ou grand dictionnaire critique de la langue française*, París 1843. La 2.ª edición, en dos volúmenes, lleva el título *Dictionnaire national ou dictionnaire universel de la langue française*, París 1845-46. Se reeditó muchas veces, por lo menos hasta 1870.

España por Domínguez, en Francia no había sido usado por nadie antes de Bescherelle, si bien se encontraba ya propuesto en el prefacio del *Dictionnaire* de Trévoux, edición de 1771 (Quemada, 1968: 174). También el adjetivo *gran*, nunca empleado antes en nuestros diccionarios, está copiado de Bescherelle, bien que entre los diccionarios franceses ya se encontraba en Estienne (1593), fue frecuente en los siglos xvii y xviii y se mantenía, ya en decadencia, en el xix (Quemada, 1968: 162-64)<sup>24</sup>. (El adjetivo *clásico*, igualmente nuevo en España, es otra prueba de la influencia francesa en nuestro autor, pues son muy numerosos los diccionarios franceses anteriores a 1846 que lo ostentan en sus portadas<sup>25</sup>). El paralelismo de los dos títulos es expresión natural de un paralelismo más profundo, que es el prurito acumulador. Tanto el *Dictionnaire national* como el *Diccionario nacional* se caracterizan por su riqueza frente a los diccionarios académicos respectivos, debido al criterio «exhaustivo» con que aquellos han sido compilados<sup>26</sup>.

La admiración de Domínguez hacia la obra de Bescherelle llega hasta el extremo de utilizar en su portada el mismo grabado estampado por el francés en la suya: un libro abierto sobre un fondo de nubes oscuras, detrás de las cuales surge un sol radiante. Son idénticas asimismo las grandes letras ornamentales con que comienza cada letra de los respectivos diccionarios.

La segunda novedad que caracteriza la obra de Domínguez es que se trata del primer diccionario enciclopédico español (aunque lo sea todavía *avant la lettre*). Es la primera vez que entre nosotros se incorpora dentro de la macroestructura de un diccionario de lengua una se-

<sup>24</sup> Es verdad que el adjetivo *grande* aparece en el título de algún diccionario español plurilingüe del siglo xvii (cf. Viñaza, 1893: col. 1483), pero no es obra de españoles ni está editado en España.

<sup>25</sup> En la lista de Quemada (1968: 567-634), cuento hasta diecisiete diccionarios editados entre 1821 y 1844 que llevan este adjetivo, incluyendo uno del mismo Bescherelle: *Dictionnaire classique et élémentaire de la langue française*.

<sup>26</sup> Sobre este aspecto en el *Dictionnaire* de Bescherelle, cf. R. L. Wagner (1967: 115), Quemada (1968: 99 nota) y G. Matoré (1968: 117).

rie extensa de informaciones enciclopédicas. De nuevo aparece aquí el recuerdo de Bescherelle, cuyo diccionario abarca «avec l'universalité des mots français l'universalité des connaissances humaines», según reza su portada. Es verdad que en Domínguez el tipo de información, en cuanto a los «conocimientos humanos», consiste fundamentalmente en la recogida masiva y definición del vocabulario técnico, y que son escasas las disertaciones científicas; pero a esto —que no es poco— se añaden «los nombres de todas las principales ciudades del mundo, de todos los pueblos de España, de los hombres célebres, de las sectas religiosas, etc., etc., etc.»<sup>27</sup>. La fórmula, no cabe duda, fue del agrado del lector español, como lo demuestra no solo la buena acogida que el *Diccionario nacional* obtuvo inmediatamente y que se prolongó durante casi medio siglo, sino la prontitud con que surgió otra obra que lo tomó como modelo: el *Diccionario enciclopédico* que, dirigido por Eduardo Chao, publicó en 1853 la casa Gaspar y Roig. Esta obra, varias veces reeditada y revisada, compartió con la de Domínguez el cetro del género hasta que ambas recibieron el golpe de muerte con la aparición del importantísimo *Diccionario enciclopédico hispano-americano* editado por Montaner y Simón, en veintitrés volúmenes, de 1887 a 1898, con el cual se iniciaba una nueva época en este tipo de diccionarios.

Otra prueba del éxito del *Diccionario nacional* es la prontitud con que se cebó sobre él la piratería. Probablemente en el mismo año 1853 en que se publicaba el *Diccionario enciclopédico* de Gaspar y Roig apareció la primera edición de un *Nuevo diccionario de la lengua castellana*, por «una Sociedad Literaria»<sup>28</sup>, el cual era, en pala-

<sup>27</sup> Como precursor de los diccionarios enciclopédicos españoles podríamos considerar el *Tesoro* de Sebastián de Covarrubias (1611), que desarrolla algunos de sus artículos, sobre todo en la primera parte, con extensas disertaciones humanísticas o con curiosas informaciones de su propia cosecha, y que incluye en su nomenclatura algunos nombres propios. La presencia de estos elementos en el *Tesoro* se debe, sencillamente, al concepto muy liberal que Covarrubias tenía de la lexicografía.

<sup>28</sup> Hay por lo menos otras tres ediciones, 1860, 1864 y 1868. Viñaza (1893: col. 2130), al reseñar esta última, dice: «Como esta obra está estereotipada, el número de

bras de uno de los editores posteriores del *Diccionario nacional*, «copia servil y enteramente literal, pero informe, del de Domínguez»<sup>29</sup>.

No sé si contribuiría también a la buena fortuna del *Diccionario nacional* una curiosa característica: la subjetividad. Muy pocas obras de la lexicografía española (tal vez una sola: la de Covarrubias) estarán tan impregnadas de la personalidad del autor como la de este hombre del que, paradójicamente, sabemos tan poco. Esta peculiaridad hace de su obra uno de los diccionarios españoles más originales<sup>30</sup>.

La presencia de la individualidad del autor en su diccionario se manifiesta de varias maneras en diversos tipos de definiciones, que se diluyen, naturalmente, en medio de una masa de enunciados objetivos y normales. En líneas generales, podemos dividir sus definiciones «subjetivas» en tres grupos: las humorísticas, las ideológicas y las filológicas. La separación entre ellos no es absolutamente nítida, puesto que sus ingredientes fundamentales no son incompatibles<sup>31</sup>.

En las humorísticas se distinguen dos vertientes, una epigramática y otra caricaturesca. Ejemplo de la primera sería la definición de *pu-dor*: «El honor de la mujer, por cierto colocado en muy resbaladizo y vidrioso declive, en harto periculosa pendiente, ocasionada a insubstancial fracaso»<sup>32</sup>. La veta caricaturesca se propone, por su parte, tomar a broma el propio metalenguaje de la definición, unas veces empleando una prosa grotescamente alambicada, como vemos en el artículo *badajo*: «La lengua de las campanas, porque sin él fueran mudas: es un pedazo macizamente férreo o metálico, bastante grueso

4.ª edición que lleva la anterior portada y el que tienen otras es mero accidente, pues el contenido es exactamente el mismo».

<sup>29</sup> Miguel Guijarro, al frente de la 14.ª edición, 1878.

<sup>30</sup> J. Casares (1950a: 147) critica esta característica en el *Diccionario* de la Sociedad Literaria, sin saber que este no es sino plagio del de Domínguez.

<sup>31</sup> Un estudio más extenso de este aspecto del *Diccionario nacional* puede verse en mi artículo «La definición lexicográfica subjetiva: el Diccionario de Domínguez (1846)» (Seco, 1983 [= capítulo 16 de este libro]).

<sup>32</sup> Casares (1950a: 147) reproduce este artículo tomándolo del *Diccionario* de la Sociedad Literaria.

por el extremo que cuelga, y no así por el adherido a la campana, en cuyo interior pende, manejable, del alto punto céntrico, y sirve para producir los vibratorios sonos que tal vez nos aturden la cabeza»; otras veces —forma utilizada para glosar refranes—, recurriendo a pedestres versos de arte menor: «*Alcanza quien no cansa*: para conseguir, no hurgar, que es mal visto importunar; suele hacer mayor fortuna el que menos importuna; el que bien pide no aburre, si con talento discurre» (s.v. *alcanzar*).

En el grupo de las definiciones subjetivas de tipo ideológico, algunas veces expresa sus opiniones sobre cuestiones de moral social; por ejemplo, a propósito de *artista* dice: «El que ejerce algún arte; especialmente el que cultiva y profesa alguna de las nobles o bellas artes. Esta voz se ha generalizado hoy en términos de creerse distinguidos artistas los taurómacos, los malos cómicos, los zapateros de viejo, etc.». Su crítica toma tonos agrios cuando da rienda suelta a sus ideales sociales y políticos. En el artículo *doméstico* habla de los criados como «los individuos que constituyen ese numeroso ejército de holgazanes que la ridícula aristocracia sostiene para ostentar su insolente molicie». Sus tiros apuntan más alto cuando define *demócrata* como «amante del pueblo y enemigo de la tiránica dominación de los reyes» (cf. también los artículos *democracia*, *democratizar* y *república*). Las alusiones al partido dominante y a la situación política del momento no dejan de ser atrevidas. En el artículo *moderantismo* dice que «sus sectarios constituyen una asociación parásita»; y como ejemplo de la voz *dominación* pone una frase como esta: «¿Cuándo se acabará en España la dominación del sable?». En fin, define *revolucionario* como «el partido de las reformas liberales que exige el progreso de la civilización y de las luces, la marcha del siglo y de las cosas».

¿No podríamos decir con toda verdad que Domínguez fue el lexicógrafo que murió luchando por sus propias definiciones?

Queda el tercer grupo de definiciones subjetivas: el que (con consciente imprecisión) he llamado filológico. Es el que comprende todas aquellas definiciones en que el autor discute o ridiculiza las del

*Diccionario* académico. La Academia es, para él, una institución alejada de la realidad, un «venerable cuerpo» lleno de «decrepitudes filológicas», una «caduca matrona [...] con infulas de exclusiva maestría»; simplemente, «la corporación de los hablistas de oficio» (artículos *asombrar*, *alegrante*, *jah!*, *comunero*). La rebeldía de este hombre frente a la institución y la obra que sirven de guía a todos los lexicógrafos —incluido él mismo— es, desde luego, coherente con su posición avanzada en lo ideológico y en lo político.

La vivacidad, el apasionamiento, la extraversion, la actitud contestataria y la exaltación revolucionaria atraviesan, de un extremo a otro, todo el *Diccionario* de Ramón Joaquín Domínguez. ¿Quién iba a esperar que una obra lexicográfica, algo que tradicionalmente se concibe como el fruto de largas horas de meditación serena y monacal, hubiese de guardar en sus entrañas tal materia explosiva? A diferencia de su compatriota, contemporáneo y colega Vicente Salvá, cuya obra es un admirable ejemplo de rigor y de serenidad, Domínguez ha hecho un *diccionario romántico*. Esta calificación, que no puede por menos de tener un signo negativo al referirse a un género como el lexicográfico, no carece, sin embargo, de aspectos positivos: la ambición renovadora frente a los diccionarios al uso, el deseo de superar lo caduco e imperfecto de la obra de la Academia, el afán de incorporar a su colección las palabras del «progreso» y de los nuevos tiempos, dan como resultado una aportación de muy alto valor para la historia de nuestro léxico.